

de Marcela Paz, es seguro que sabrá llegar a tener un nombre duradero en los anales de las letras artísticas de Chile.

Las deficiencias de la novel autora son todas vencibles por la disciplina y el estudio. En ella está, pues, que haga de su existencia una vida noble por la ocupación de sus días. Ahora, espero sólo ver cumplido este vaticinio de estudioso de la literatura chilena.—*Norberto Pinilla.*

HOMBRES EN LA SELVA, por *Mariano Latorre.*

Creo que de pocos escritores chilenos puede decirse lo que de Mariano Latorre. Quiero aprovechar la oportunidad de la publicación, en unas ediciones de bolsillo, de su novela corta o cuento largo: «Hombres en la Selva», para referirme de un modo brevísimo a su labor literaria. Quizá sea mejor decir a su constancia. Pero no a la constancia que consiste en la continuidad de un esfuerzo material, sino a la que deriva del espíritu de la obra, o a su orientación. Una obra literaria cumplida o en trance de cumplirse, con tanta facilidad, con tanto amor a las cosas de la tierra campesina, es, sin lugar a dudas, un ejemplo digno de ser puntualizado. Además, digno de que sobre él se detengan los que no reparan ni en su tierra ni en los hombres que han dedicado lo mejor de su vida a estudiarla y a cantarla.

Algunos escritores prefieren la ciudad; otros prefieren el campo. Para aquéllos sólo la complicación de la vida urbana contiene los elementos más importantes de la creación artística; en cambio, para los segundos, el campo representa el escenario más genuino y más fecundo para una interpretación de los valores sustantivos de la raza. Mariano Latorre descubrió casi en los comienzos de su carrera artística, la profundidad del campo chileno. Siguió esta ruta y no se ha desviado. He leído en diversas oportunidades y con distintos tonos, la acusación de haber dado el escritor demasiada importancia al campo. Se ha dicho que la nota criolla es en él excesiva. Y también, que para campo y criollismo, basta y sobra con lo que se ha escrito y pintado y teatralizado. Me parece que con tales observaciones se limita la

cuestión a un problema personal de preferencias. Este cuento que acaba de publicarse, por ejemplo, es diverso en la sustancia y en los personajes a los cuentos de «Cuna de Cóndores». Escenarios distintos,—uno selva, el otro, cordillera,—diversa conciencia del autor ante la naturaleza: actitud distinta de los personajes para considerar la vida o los accidentes de la lucha por la vida. Los personajes son igualmente criollos, pero difieren en la forma como encaran los problemas que les son comunes. El criollo del norte, al que he visto batallar y morir en la trágica epopeya de las salitreras, es como un ser humano aparte de estos campesinos astutos y bravíos que Latorre lleva a los repechos de la cordillera, al océano verde de los bosques australes, en una batalla continua contra los elementos. La formación del carácter de nuestro pueblo, sea campesino o artesano, se ha cumplido en gran parte en el campo, en lucha con las poderosas resistencias que la naturaleza misma opone a los que quieren conquistarla. El norte fué una tragedia hosca y taciturna, porque el hombre no tuvo siquiera la sonrisa generosa del árbol, o la jovialidad de las aguadas. Se batió, cara a cara, contra un desierto que parecía un lago vitrificado. El sur, con ser una región hostil, tiene para el hombre la salvaje naturaleza animada y viviente que le acompaña hasta en la derrota.

Por lo tanto, en el fondo de estos escenarios se dan tipos y hasta costumbres diversas. Florece otra clase de hombres, animada por supersticiones y concepciones diversas de la suerte, y aun del modo de burlar las duras lecciones de la vida. Me parece encontrar en la obra literaria de Latorre, este sentido de interpretación del campo; y su insistencia, su constancia, provienen de que para nada él tiene un perfil más auténtico de creación que el que le ofrecen en sus aspectos, las regiones diferenciadas de nuestro territorio. Un examen atento de su obra literaria, dejando de un lado las clasificaciones absurdas de criollistas y psicologistas—llamémoslos así—descubriría curiosas series de interpretaciones campesinas que podrían servir para trazar un cuadro de psicología general de nuestra raza.

El arte descriptivo de Latorre le lleva en ocasiones a verdaderos milagros de estilo. Este estilo, por supuesto, nada tiene que

ver con el lenguaje criollo apelmazado que puede ser y es en muchos la expresión única de la criolledad. El estilo del autor de «Zurzulita», vive con fuerza a veces independiente del relato mismo. Parece una embriaguez, una voluptuosidad del escritor. Se podrían extraer hasta pequeños poemas, sin que la unidad del cuento padeciera en absoluto.

Pero la diferenciación tan manifiesta que se quiere hacer entre escritores de campo y escritores de la ciudad, me parece incongruente. No hay para qué hacerlo. Se trata de escritores de temperamentos, simplemente. Hombres que van por diversos caminos a un final dado. La ciudad tiene escasos novelistas. Los tiene por excepción. ¿No han nacido? ¿Se están incubando? ¿Preparan las novelas de la complicación urbana, de las almas azotadas por pasiones y tragedias de amor, de intereses, de degeneración, de vicio? Es probable. Pero de esto, nadie tiene la culpa. Vendrán a su tiempo. Lentamente.

Entretanto, el campo ha tenido más suerte. Y desde luego la gran suerte de contar con uno que lo ha cantado con admirable belleza. Y que seguirá en su obra porque el camino que eligen los fervorosos, es el que lleva siempre a un fin, a un verdadero fin.—*Marco.*